

II

Doble adulterio.

M. Godet daba muestras de verdadero despecho.

--¡Vuestra! ¡vuestra!--repetía elevando el tono á cada exclamación.--¡Y yo lo ignoraba! ¿Es posible?

--¡Es verdad!

--Pero, ¡entonces habeis jugado conmigo indignamente, me habeis engañado!

--Como á todos, amigo mio. Si hubiéseis sabido la verdad, me habríais despreciado, y yo coloco sobre todo el honor... ó al menos las apariencias.

--Vamos--dijo Godet tomando tres polvos de rapé para reponerse;--continuad. Será una historia curiosa.

La señora de Maillepré, toda sonrojada, dijo con voz debilitada por la emoción.

--Ya comprendeis, conociendo como conocéis el corazón humano, que me hallo muy turbada, pues voy á remover todos los dolores y la pasión de mi vida: no hablo de goces, porque no los he conocido en la época á que me refiero y además porque son muy amargos los placeres producidos por una falta. ¿Amábais á mi marido?

--¡Que si le amaba! ¡Pobre Juan! Si hubiese tenido que elegir entre los dos, me habría hallado muy perplejo y, ¡Dios sabe cuanto os admiro! Pero aquel hombre, todo corazón, generoso hasta la prodigalidad,

era uno de los más cumplidos caballeros.

Las palabras de Godet despertaron en la duquesa los recuerdos del pasado. Sí, tenía razón; el duque era el foco luminoso que eclipsaba á todos los demás en su memoria. El, su esposo, había sido su verdadero, su único amor. Así lo dijo á M. Godet.

--Entonces--exclamó éste,--no comprendo vuestra falta; no me la explico de ninguna manera.

--Esperad. ¿No os hizo Juan nunca ninguna confidencia?

—El duque conocía mi afecto hacia vos.

—¿No le habeis nunca oído hablar de una joven, empleada en un almacén?

—Tal vez—dijo M. Godet, como buscando en su memoria.—Me parece, en efecto...

—Una empleada del Bon....

—Justo.

—Poco importa cómo la conoció el duque. Juan concibió por ella una gran pasión. Algunas veces me hizo su elogio, pintándola como el fénix de estas señoritas de despacho, en términos que llegué á sospechar de su admiración y apelé á recursos de que todavía me averguenzo. Ya os he dicho que yo no amaba á nadie mas que á él.

—¿Es decir que teníais celos?...

—Rabiosos. Me entregué á un indigno espionaje, pero sin hacer á nadie confidente de mis planes. Yo misma seguí al duque en sus correrías, espí todos sus pasos, de trás de él, oculta en un coche delante de las casas adonde iba, y en todas me informaba por los porteros; en fin, me resigné á todas las bajas á

que hay que descender en casos parecidos. Yo conocía vagamente á mi dichosa rival, por haberla visto de paso en el almacén, adonde mi marido me llevaba, y debo hacerle justicia: era una encantadora joven; el duque no exageraba sus méritos. Yo sentía una aversión creciente hacia aquella mujer, aversión que llegó á convertirse en odio violento y profundo. Algunas veces iba al almacén y para verla de cerca compraba algunos objetos. Muy pronto observé en su rostro señales de melancolía y me pareció que su salud se alteraba. Sabía dónde vivía, por haberla visto muchas veces entrar en su casa acompañada de mi marido. Llegó un día en que no salió, redoblé mi vigilancia, tanto más exquisita cuanto que mi marido apenas se hacía visible en casa y apenas me dirigía la palabra al encontrarse, por casualidad, conmigo. Se ausentaba desde por la mañana hasta la noche, con pretextos fútiles. Un día, guiada por no sé qué presentimiento, me detuve á la puerta de la casa de mi rival, y ví al poco rato llegar muchas jóvenes, en las que reconocí á algunas compañeras de la amante de Juan, y por ellas supe que la joven llamada María Magdalena Corbel, había muerto á consecuencia, según decían, de una fiebre. Volví á casa sintiendo transportes de verdadera alegría, que á despecho mio invadía mi ser... Ya veis que os muestro el fondo de mi alma. Hasta entonces no había dejado entrever á Juan ni una sola de mis sospechas, y ¡Dios sabe cuántos esfuerzos me costó esta reserva!... Estuvo ocho días sin parecer

por el hotel, escribiéndome una carta explicando su ausencia por la necesidad de ausentarse para servir á un amigo en un lance de honor. Cuando regresó no parecía el mismo. Solicitó de mí una entrevista muy ceremoniosamente, y al encontrarnos solos en mi habitación se arrojó á mis pies, diciéndome que me tenía que hacer penosas confesiones.

Me contó los pormenores de su conocimiento con la joven; la resistencia por parte de ella; sus relaciones, durante las cuales no consintió en recibir un céntimo, ni un regalo; su pena, al verse deshonrada y sin poder ocultar su estado; sus esfuerzos para disimularlo, alterando su salud, y la catástrofe final, á consecuencia de la cual había muerto al dar á luz una niña, que había sido inscrita en el registro como hija de padres desconocidos y con el nombre de su madre. El duque acabó pidiéndome perdón.

—¿Y se lo otorgasteis?

—No.

—¡Vos, tan generosa, tan buena!

—¡Oh! ¡No sabéis, amigo mío, lo que hay de feroz en el alma de una mujer humillada, exasperada por meses enteros, de oír mentiras, sobre todo cuando vienen del hombre á quien se ha entregado una por completo y corresponde con la traición. Durante mucho tiempo había devorado mi afrenta, despreciándome á mí misma por el vergonzoso espionaje á que me entregaba; me sentía envilecida por su culpa. Me suplicó inútilmente, invocó los sentimientos que me acabais de atribuir, nuestros recuerdos. Yo

le respondí que lo sabía todo y, mintiendo, le dije que el desprecio había matado mi amor.

Por espacio de algunas semanas reiteró sus súplicas; pero de lejos, enviándome cartas que guardo como preciosas reliquias y que suelo leer algunas veces.

Aquellas cartas quedaron sin contestación. Un día salí de mi habitación algo conmovida, inclinada á la piedad, propicia al perdón, cuando me dijeron que se había marchado sin llevar á su ayuda de cámara y sin decir adonde iba. A los dos días recibí una carta suya, fechada en Nantes, diciéndome que no pudiendo vivir á mi lado bajo el peso de una aversión cuya justicia reconocía, iba á buscar el olvido lejos. ¿Adónde? El mismo no lo sabía. Decía que en caso de un accidente me recomendaba á su hija, diciéndome donde estaba, y me hacía heredera de toda su fortuna, por un testamento en regla, afirmándome que cualesquiera que fuesen mis sentimientos hacia él, no dudaba de mi justicia ni de mi generosidad.

Por más esfuerzos que hice, no pudo averiguar su residencia, porque su nombre no figuraba en ningun registro. Debía viajar ó haberse embarcado con un nombre supuesto.

Estaba anonadada. En aquel tiempo estábais alejado de nosotros por vuestros asuntos y hasta creo que os entró la pasión de los viajes. A estar aquí, hubieséis comprendido fácilmente la causa de nuestras disensiones, y vuestra amistad nos hubiese reconciliado.

--Con gran dicha mía.

--Para engañar al mundo y ocultar nuestra separación, abandoné á París, pasando dos meses en Suiza, parte del invierno en Niza, viniendo á refugiarme por fin á este palacio, preferido por el duque, y en el que creía que le vería volver. Pero ni él, ni carta, ni noticia suya; nada llegó. Desde entonces no tuve más que un cuidado: el de engañar al mundo, sustraerme á sus murmuraciones y salvar el honor de nuestro nombre. Lo conseguí, puesto que vos mismo no habéis penetrado en las causas secretas de nuestra separación.

Llego ahora á lo más penoso de mi confidencia. Conocéis ya la falta de mi marido: ahora vais á conocer la mía. Mi huida, por que mi retirada á Maillepré era una verdadera fuga, tenía otro motivo diferente del primero. ¿Os acordáis de mi primo de Montevron?

--Ya lo creo. Un bestia á quien tomé ojeriza, porque no se veía más que á él en Maillepré. Su aire de conquistador, su bigote retorcido, sus maneras de Tenorio, me crispaban los nervios y más de una vez se me ocurrió la tontería de tirarle á la cara mi tabaquera cuando le veía junto á vos. ¡Pobre mozo! Me creía su amigo y era su rival, injustamente, duquesa, porque reconozco que no dejaba de tener su mérito. De modo que os hizo la corte, ¿no es eso?

--Es verdad.

--¿Inútilmente?--me inclino á creerlo así.

--Yo no le amaba. Soportaba sus asidui-

dades; pero nunca le dí esperanzas... al contrario, porque mi único amor era el de mi esposo.

--Enhorabuena. Pero ¿y la falta, duquesa, y la falta?

--Voy á ello. Una tarde de abril, llegó el conde cuando menos le esperaba. No sé como había podido conocer la causa de mis pesares, pero la conocía, citándome nombres de personas que estaban al corriente de todo. Habían visto al duque en Santiago en Buenos Aires, y se afirmaba que había roto conmigo, aunque la causa de nuestra separación quedó en el misterio. Recibí á Montevron y sus noticias con frialdad; pero en vez de calmarse redobló su audacia, interesando en el triunfo de sus pretensiones su amor propio. Llegó al fin de mi confesión, que me repugna; sois el único hombre que la escucha y no sé yo misma si en mi última hora, en ese instante en que se prescinde de toda vanidad, tendré el valor de hacerla á un sacerdote; tanto me humilla. Sola en Maillepré, tuve la idea de no recibir al conde, pero era mi pariente, amigo de la casa, y no encontraba pretexto... Además, la curiosidad femenina me inspiraba el deseo de tener un eco de París; en una palabra; yo no podía querer á Montevron con el amor que él sentía por mí.

En aquella época me sentía enferma de cuerpo y de espíritu, desmoralizada por la ruptura de una unión que me había proporcionado diez años de felicidad casi completa. Una templada tarde de primavera sa-

limos al parque después de comer, marchando Montevron delante de mí por la grande avenida de plátanos y lamentando mi soledad, me repetía con calor sus declaraciones y los juramentos de que tan prodigo era. Mientras yo le escuchaba sin interrumpirle en un estado febril que me paralizaba el cerebro, él profundizaba en las sangrientas llagas de mi corazón, me juró que yo era la sola mujer que se había apoderado de su voluntad; que renunciaba al matrimonio por mí, conservando una secreta esperanza de ser correspondido y me prodigó con la elocuencia de la pasión las frases que desde el principio del mundo hasta el fin han salido y saldrán de labios de los enamorados. Hasta entonces no me habían hecho mella: ¿por qué á la sombra de los árboles, entre los efluvios del bosque, en el silencio de esta soledad donde moría de tedio y de pena, removieron el fondo de mi alma? No intentaré explicároslo. Abandoné al conde arrebatándole toda esperanza; le aseguré que sus esfuerzos serían vanos, invoqué su honor, recordándole que era pariente y amigo de mi esposo, y le manifesté que para evitar semejantes escenas no volveríamos á vernos. Os juro que al decir esto, era sincera. El se inclinó; pero quizás había sorprendido mi turbación; tal vez á pesar mío, en la situación de espíritu en que me hallaba, mis palabras estuvieron desacordes con el acento de mi voz. Yo ocupaba en el palacio el mismo pabellón que ahora: Montevron tenía su habitación en el